

BURLARSE del más pintado

POR CAMILA SCHUMACHER,
escritora y docente

Hay cosas para las cuales, una a los doce, no está preparada. Pasan igual. No hay quite pero, por más que, una en teoría, tenga o sepa "lo necesario", resulta que, cuando llegan, te llenan de dudas y no, a veces, no hay a quien preguntarle.

Así fue. Eso fue -exactamente- lo que sentí cuando, estrenando la adolescencia, llegó a mis manos, un ejemplar de los *Cuentos de mi tía Panchita*.

Llevaba años de leer como una descosida todo lo que tuviera a mano: lo primero, un libro sobre un oso de felpa; lo segundo *El diario de Ana Frank* -nunca, por más que lo haya intentado, he podido recordar qué pasaba al final con el osito-; luego María Elena Walsh, Elisa Bornemann, Cortázar, José Mauro de Vasconcelos, Astrid Lindgren y -medio a escondidas Poe y García Márquez-. Ninguno me mencionó para lo que me

y tenía dibujos y personajes entrañables. Eso me dijeron y así lo abrí. *El tonto de las adivinanzas* lo leí y lo olvidé de un tirón: las adivinanzas me parecieron tontas. Pero, entonces, llegó o llegué, a *Uvieta* y yo que me iba acostumbrando apenas a la exuberancia de las papayas, a los chorretes de los mangos, al dulce ultrasecreto que los mamones chinos guardan en su interior, sí que podía entender por qué uno de tres deseos podía ser tener, en el patio una parrá cargadita de frutas.

Lo segundo fue más difícil y mucho mejor: todo en el cuento contradecía lo que hasta entonces había aprendido y me habían contado de la idiosincrasia tica. Si hasta el Diablo en lugar de un enemigo era un sácalas de Tatica Dios y además se le podía moler a palos, dejarlo hecho polvo; la Muerte no solo no era una desgracia sino que, como a la mismísima virgen, se la podía burlar... ¡en dos monazos y sin culpa!

Casi treinta años han pasado desde entonces: un tercio -mínimo- los he pasado dando clase, otro escribiendo,

y... nuevo a esas cosas rojas y
García Márquez. Ninguno
me preparó para lo que me
esperaba.

Yo, tenía, en esa época, pocos meses de haber migrado de Buenos Aires a San José y había incorporado en tiempo récord sabores, cuestras, palabrejas, amigos y sobre todo la noción de extranjería que iba a acompañarme para siempre.

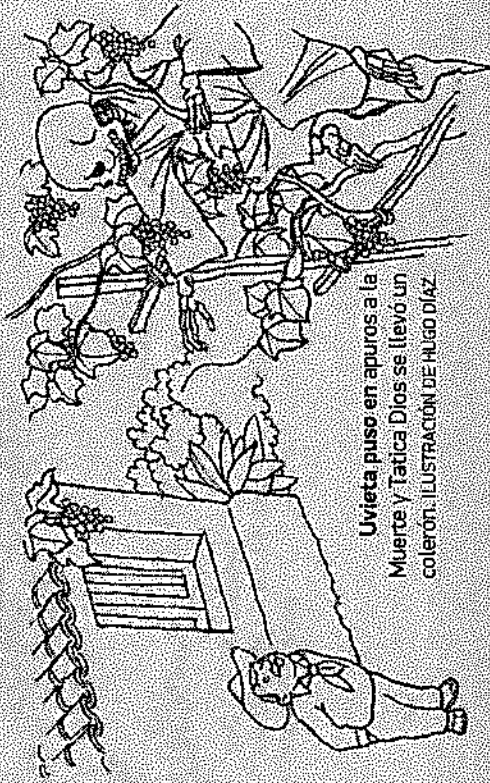
Cierto que mi primera incursión en la literatura costarricense había sido aún más traumática. Me había dado de bruces con *El moto*: "Era Desamparados por entonces un barrio de garzonales (...)"! Nada, lo reprobé hoy, como reprobé entonces el examen.

Pero este otro, *Cuentos de mi tía Panchita*, prometía más: venía envuelto para regalo, no era para el colegio

pasado desde entonces: un tercio -mínimo- los. He pasado dando clase; otro escribiendo y el último yendo a la playa. Siempre que puedo, les llevo *Uvieta* a mis estudiantes y lo disfrutamos juntos. No solo eso. A cada rato y sin que venga a cuento o calce con ningún calendario, salgo con un domingo siete. ■

**"Carmen Lyra
escribió, entre tantos,
un cuento en el que
todas las deidades
quedan, al mismo
tiempo, jodidas y
agradecidas: ¡eso es
ser revolucionaria!"**

Camila Schumacher, escritora



Uvieta puso en apuros a la Muerte y Taticó Dios se llevó un colerón. ILUSTRACIÓN DE HUGO DÍAZ